



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

El impacto de la Revolución Cubana en América Latina

GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS

El proceso de transformación económica, social, política, ideológica y cultural que se inicia en 1959, en Cuba, la mayor de las Antillas, no tiene parangón en América Latina. Con una permanente movilización y protagonismo del pueblo cubano --en sintonía con una dirigencia sensible, unida y consensuada--, esta revolución ha tenido la habilidad y fortaleza de resistir con éxito por 50 años al poder imperialista más poderoso que haya conocido la humanidad, el cual ha pretendido someterla por las vías militares abiertas y encubiertas, y por medio de un criminal bloqueo que subsiste hasta el día de hoy.

El giro radical que tomó el proceso revolucionario desde su inicio en favor de esas profundas transformaciones concitó inmediatamente el apoyo de los pueblos de Nuestra América y del mundo entero. Desde los primeros meses de la revolución, muchas fueron las represiones sufridas en América Latina por defender el derecho a existir y resistir del pueblo cubano. En muchas ocasiones, en un 26 de julio, las fuerzas represivas en nuestros países embistieron con furia sobre los manifestantes solidarios con el proceso revolucionario cubano, siendo incluso una de estas brutalidades policíacas en la ciudad de México el hecho circunstancial que origina el movimiento estudiantil popular de 1968.

Con la consigna de ¡Cuba sí, yanquis no!, los latinoamericanos intentan romper la cadena histórica de guerras de conquista como la de México de 1846 a 1848; incursiones e invasiones militares a México, República Dominicana, Cuba, Nicaragua, Panamá, entre otras; tratados leoninos como el del Canal de Panamá, la Enmienda Platt, los de Bucareli; golpes de Estado como el de Victoriano Huerta, Castillo Armas, Fulgencio Batista, Augusto Pinochet y el apoyo incondicional a feroces dictaduras militares; asesoría policíaca y de inteligencia (con las consiguientes desapariciones forzadas, asesinatos, torturas, persecuciones, exilios, cárceles); dependencia estructural, apropiación de recursos naturales y estratégicos, fuga de cerebros, racismo y discriminación en la metrópoli imperial.

Un pequeño país, considerado por los padres fundadores de Es-

en retrospectiva esta resistencia a la acción demolidora de Estados Unidos y a sus aliados; cuando se hace recuento de los numerosos procesos revolucionarios, democráticos y auténticos

tados Unidos en sus afanes expansionistas como la fruta madura que inevitablemente formaría parte del "Edén norteamericano", retaba con éxito a Goliat y salía airoso de las constantes conspiraciones encaminadas a derrocar al gobierno revolucionario.

La guerra desatada contra el pueblo cubano se llevó a cabo a través de una variedad de acciones políticas, militares, económicas, biológicas, diplomáticas, psicológicas, propagandísticas, de espionaje, la ejecución de actos terroristas y de sabotaje, la organización y apoyo logístico a bandas armadas y grupos mercenarios clandestinos, el aliento a la deserción y emigración y los intentos de liquidar físicamente a los dirigentes del proceso revolucionario. En este contexto tiene lugar la invasión a Playa Girón, fraguada, preparada y llevada cabo por la Agencia Central de Inteligencia; y la ruptura de relaciones de todos los países integrados en la OEA a excepción de México, orquestada por Washington.

Todos ellos fueron factores que paradójicamente facilitaron el rumbo de las transformaciones sociales: reformas agraria y urbana, nacionalización de los principales sectores de la economía y recursos estratégicos, campaña nacional de alfabetización, conformación de milicias y fuerzas armadas populares, transparencia en la política exterior y con plena independencia nacional, derecho a la salud, educación, deporte, a la cultura.

Cuando se observa El Memorial José Martí, apostol de la Revolución Cubana

damente nacionalistas, como el reciente caso de Honduras, abortados por la acción conjunta de fuerzas internas y los conocidos instrumentos subversivos estadounidenses, se

constata lo inconmensurable de la tarea realizada por este pequeño país que ha decidido soberanamente su destino por cinco largas décadas.

Cuba ha sido el referente de una soberanía nacional-popular amenazada pero nunca violentada. El régimen socialista cubano ha sido la contraparte del diagnóstico latinoamericano crónico de analfabetismo, muerte por desnutrición o enfermedades curables de millones de niños, pelagra, parasitosis, desamparo de los ancianos, deserción escolar, drogadicción, criminalidad, desempleo, polarización social, fin de la sustentabilidad alimentaria.

Cuba enseña durante 50 años, como sostendría Fidel, que es posible hacer la revolución y establecer el socialismo a 90 millas del territorio continental estadounidense, a contracorriente del determinismo geográfico que circula como moneda falsa; también, Cuba rompió con el *clise* de que las revoluciones podían hacerse *con el ejército o sin el ejército* pero no *contra el ejército*.

La revolución rescata la idea de **patria**, expresada por Martí, el sentimiento patrio que es humanidad, que es orgullo y cariño por la tierra de origen, a la par que resistencia y lucha contra quienes quieren destruir la identidad nacional, contra quienes la oprimen y avasallan. En Cuba triunfa la revolución por que constituye un proceso firmemente enraizado en esa realidad nacional.

El Movimiento 26 de Julio supo apropiarse de la herencia martiana y aplicarla a una lucha anti dictatorial con articulaciones en organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles y con una intelectualidad orgánica incorporada en el



◀ movimiento. La llegada de los sobrevivientes del Granma a la Sierra Maestra no fue la implantación de un “foco guerrillero”, sino la continuación de una lucha de años y el establecimiento de una fuerza política nativa que se desarrolló entre el campesinado con la ayuda de frentes urbanos consolidados.

Cuba obliga a un análisis más profundo y, sobre todo, crítico de la llamada *cuestión nacional*. Si no existe una base firme de los sectores y grupos que aspiran a transformar el país, una continuidad histórica con las luchas seculares del pueblo de que se trate, un conocimiento profundo de los problemas vitales de los diversos sectores sociales, una unidad de acción de los distintos agrupamientos democráticos y revolucionarios y una relación estrecha de carácter orgánico entre todos ellos, en extensión y profundidad del territorio, el movimiento revolucionario está destinado a fracasar.

Aquí Fidel ha insistido en el divisionismo como un instrumento imperialista que utilizando los grandes monopolios cinematográficos, los medios masivos de comunicación, sus revistas y libros, inculca el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias que sólo:

“A los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar. El divisionismo —producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras—, el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben que-

dar atrás.” (“Discurso de Fidel Castro el 4 de febrero de 1962, con motivo de dar a conocer la *Segunda Declaración de La Habana*”, en *Latinoamericanismo vs. Imperialismo*. Ocean Sur, México, 2009, p. 84)

Frente a la desaparición de la Unión Soviética y del bloque económico y político de Europa del Este, aliados político-militares y socios comerciales vitales para su seguridad y economía, Cuba salió airosa —no sin sacrificios y contradicciones— porque la experiencia socialista desarrollada en la isla se fundamenta en la realidad nacional y se enraza en la ética y en el internacionalismo como políticas de Estado.

Este factor ha sido la base de la importante ayuda solidaria brindada a los movimientos de liberación nacional en América Latina, África y Asia. De esta ínsula voluntariosa han salido los miles de médicos solidarios para la asediada Nicaragua de la década del ochenta, las vacunas de la meningitis para los niños del Uruguay, la “operación milagro” que devuelve la vista a millones de personas en el continente; las asesorías deportivas de alto nivel; las trovas viejas y renovadas; los numerosos artistas plásticos, poetas, profesionistas, técnicos, maestros; las escuelas técnicas y de medicina en las que se han formado un sin número de latinoamericanos.

En aras del compromiso con los principios internacionalistas que la revolución alienta, el gobierno cubano ha sacrificado no pocas veces intereses de Estado. Hay que recordar en las misiones en África el papel jugado por Cuba en el derrumbe del *Apartheid*, la ayuda desinteresada a Angola y a una docena de causas revolucionarias, que significaron más de 2, 500 muertos para el pueblo de Cuba. No recuerdo una sola condición impuesta por la trascendente ayuda cubana a Nicaragua durante los años de la revolución, ni reclamos a la



Hasta la victoria siempre

solidaridad cubana de las fuerzas revolucionarias que durante décadas combatieron a las dictaduras civiles y militares de nuestra América. Tampoco podríamos entender los procesos revolucionarios actuales en Venezuela y Bolivia, sin la existencia de esa retaguardia estratégica que representan Cuba y su Revolución.

El secreto de la longevidad del proceso revolucionario cubano se encuentra en su capacidad para hacer coincidir la radicalidad en el rumbo colectivista, con el mayoritario apoyo

popular a las medidas tomadas en cada etapa de la revolución. Sin el apoyo popular mayoritario al régimen socialista y sin la participación de la población en la defensa, la economía y el bienestar social, no es posible comprender la vitalidad de una revolución que no ha traicionado los principios martianos que constituyen la levadura de su identidad fundacional.

Siendo el pueblo cubano el principal artífice de esta gesta, a partir de la idea de que no tiene por qué haber “pueblos guías”, y mucho menos “hombres guías”, y que lo que se necesita son **ideas guías**, es necesario reconocer el papel jugado por Fidel Castro, quien como revolucionario, estadista e intelectual orgánico ha estado siempre a la altura de las necesidades y los intereses del proceso de transformaciones.

Fidel demuestra que puede haber dirigentes, gobernantes, estadistas, de otra catadura moral de la que estamos acostumbrados. Tal como él lo sostiene:

“Cuando los líderes yerran en su camino, no son líderes verdaderos. Cuando los líderes sacrifican principios claves a ventajas pasajeras o parciales, no son líderes verdaderos. Cuando los revolucionarios viven de utopías o de ilusiones y no de realidades, serán soñadores, podrán ser idealistas en el sentido puro de la palabra, pero jamás serán verdaderos revolucionarios. Revolucionarios son los que forjan una obra, revolucionarios son los que llevan adelante a sus pueblos, revolucionarios son los que saben vencer los obstáculos para marchar

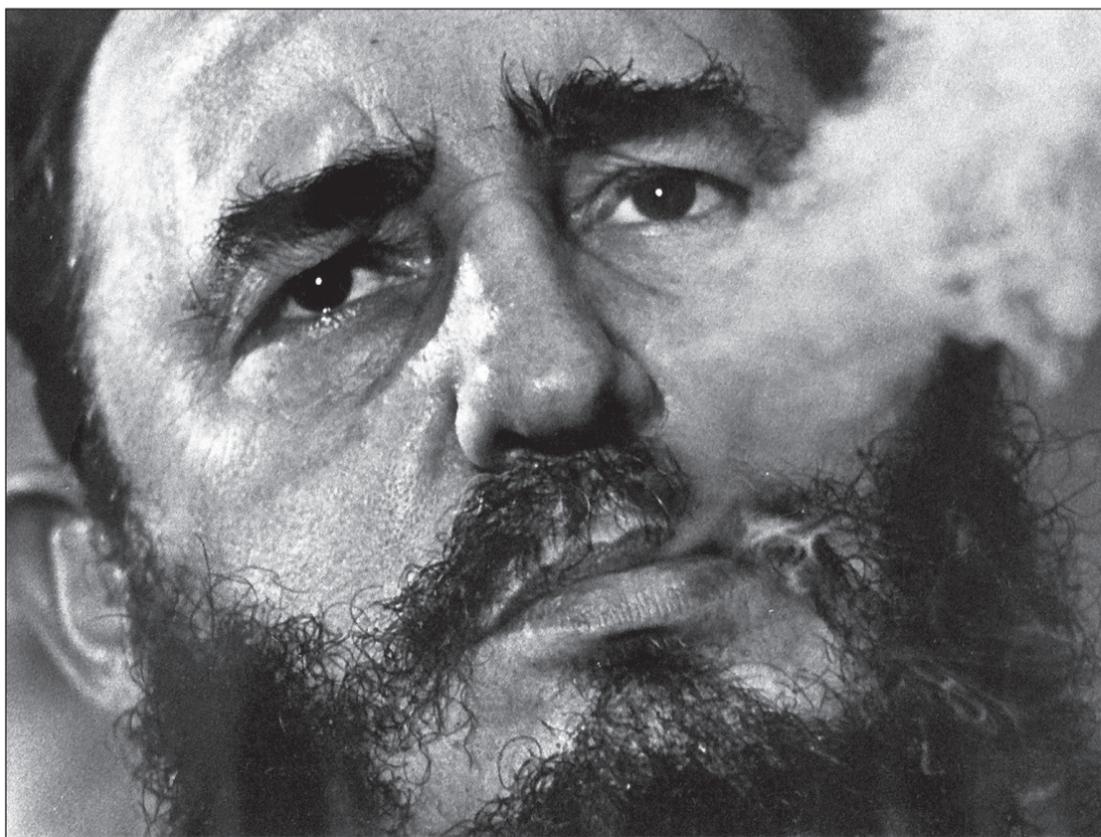
adelante.” (“Discurso en Montevideo, Uruguay, el 5 de mayo de 1959”. *Latinoamericanismo vs. Imperialismo*. *Ibíd.* P. 15)

Enemigo de la rutina, en permanente lucha contra todo conformismo, Fidel educó a varias generaciones de cubanos en su concepto de la unidad de los revolucionarios como precondition del triunfo; la ética como razón de Estado, que no asume que el fin justifica los medios, que no acepta el secuestro, la tortura o el asesinato en las filas de la Revolución, mucho menos la corrupción y el oportunismo; que no imita los métodos de los enemigos; que practica el desprendimiento por las cosas materiales; que hace de la solidaridad entregada un deber y no un arma de influencia política o instrumento del interés nacional; que exige la coherencia en los principios y los principios por encima de los intereses; que ofrece el ejemplo personal de los dirigentes que asumen responsabilidades con derecho a más sacrificios y restricciones, y no a prebendas y canongías; que considera la verdad como condición para ser respetado; la sensibilidad de sentir como propio el dolor de otros; la modestia, la ausencia de vanidad como aspiración de los revolucionarios; el afán de leer, estudiar y aprender; el rigor personal, el deber con las responsabilidades, de que las cosas salgan bien porque es el compromiso con el pueblo, con la causa que se defiende; que la derrota no es tal hasta que no es aceptada, siempre existe la posibilidad de revertir una derrota; la aspiración a la justicia para todos, sin fronteras, como causa universal; la fuerza de las ideas, la convicción martiana-fidelista de que una idea justa puede más que un ejército; la ausencia total de odio hacia cualquier persona; odio profundo hacia la injusticia, la explotación, la discriminación racial pero no hacia las personas, aun si son o han sido enemigos.

Este legado de Fidel, que forma parte sustancial de la actual “batalla de las ideas” es la clave para entender este cincuenta aniversario de la revolución cubana que se ha conmemorado en el mundo entero durante todo este año y que para los latinoamericanos es motivo de orgullo y de compromiso solidario.

El estudio comparado de las revoluciones contemporáneas muestra que a mayor apego de sus militantes a los principios colectivistas que dan origen al movimiento y a mayor congruencia ética de sus dirigentes, mayor también el desarrollo y la consolidación de esos procesos. En la victoria de Vietnam sobre Estados Unidos, la cohesión, prestigio y credibilidad de la causa por la liberación nacional enarbolada por el gobierno conducido por los comunistas fueron un factor decisivo que influyó en los resultados político-militares que llevaron a la unificación del país y la expulsión de los invasores.

La coherencia de la conducta ▶



Fidel Castro

del EZLN frente al Estado mexicano y el fracaso de éste en sus intentos de cooptación contra-insurgente de las comunidades indígenas zapatistas, mantienen a ese movimiento revolucionario incólume a los ataques de sus enemigos y a las "críticas" de quienes se declaran "en favor de los zapatistas" y no pierden oportunidad ni tribuna para descalificarlos. A la inversa, ninguna defensa de la izquierda institucionalizada se sustenta ante su pragmatismo electoral, la renuncia de sus premisas fundacionales y el quebranto ético de partidos como los de la Revolución Democrática y el de los Trabajadores brasileño.

No hay que olvidar que la "piñata", el enriquecimiento inexplicable y el deterioro moral de algunos de los líderes revolucionarios en Nicaragua hicieron más daño al Frente Sandinista de Liberación Nacional que la derrota electoral del 25 de febrero de 1990.

En la revolución cubana, el comportamiento ético ha estado presente desde la lucha contra la dictadura de Batista, y ha sido recurrente a lo largo de los 50 años de su triunfo. Una y otra vez, ante los embates del imperialismo estadounidense y los problemas internos provocados por un proceso de transformación de la envergadura del cubano, sus dirigentes, en particular, Fidel, han actuado con valor y honradez. "La verdad es revolucionaria" es un axioma leninista hecho realidad en la experiencia cubana. Cuando Ramonet preguntó a Fidel como solucionaría el problema de la corrupción en sectores de la economía cubana, él responde:

"Primero que todo es una cuestión ética. Yo he pensado mucho en el papel de la ética. ¿Cuál es la ética de un revolucionario? Todo pensamiento revolucionario comienza por un poco de ética... Debemos atrevernos, debemos tener el valor de decir las verdades."

La moral de un movimiento revolucionario se mide, asimismo, por que no abandona a sus presos y muertos. El reconocimiento oficial de los Cinco Héroes, prisioneros en las cárceles del imperio por hacer trabajo de inteligencia en el seno de los grupos terroristas apoyados, entrenados y financiados por el gobierno de Estados Unidos es un acto de justicia y de alto valor ético. En las reglas no escritas de este tipo de tareas, usualmente los gobiernos no reconocen a sus agentes.

Cuando la Unión Soviética y el bloque socialista desaparecieron, Fidel señaló:

"A aquellos que digan que nuestra lucha no tendría perspectiva en la actual situación y frente a la catástrofe ocurrida, hay que responderles de una manera categórica: Lo único que no tendrá jamás perspectiva es si se pierde la patria, la Revolución y el socialismo." ("Discurso el 10 de octubre de 1991", *Ibíd.* P. 217.)

El dirigente máximo de la revolución, va más allá, y señala:

"Siempre recuerdo que Martí

de lo primero que hablaba era del decoro del hombre, y decía, incluso, que si había muchos hombres sin decoro, había hombres que tenían el decoro de todo el mundo. Hoy no somos un grupo, sino un pueblo con decoro, una inmensa mayoría del pueblo con decoro, una nación con independencia, una nación con soberanía, una nación con libertad, que rechazará hasta las últimas consecuencias esas trasnochadas teorías de que la independencia debe ser limitada. Por eso nosotros, y solo nosotros, podemos y debemos resolver nuestros problemas, enfrentar y resolver este desafío porque, ciertamente, si el imperialismo pudiera poner de rodillas a nuestra patria e instaurar de nuevo aquí el capitalismo, no quedaría ni el polvo de los huesos de nuestros héroes, de nuestros mártires, de nuestros combatientes internacionalistas, de aquellos que nos precedieron en esta lucha, de aquellos ante los cuales nos inclinamos respetuosos para rendir tributo cada día de nuestras vidas. Esto es lo que significa nuestra lucha, esto es lo que significa salvar la patria, la Revolución y el socialismo." (*Ibíd.* P. 220)



El Che en el Congo: precursor de las intervenciones cubanas en

Cuba y su revolución, al igual de quienes en 1961 formamos una virtual ruptura de relaciones, miles de mexicanos en menos de 24 horas salimos a la calle para hacer patente el cariño y la solidaridad hacia

Cuba y su revolución, al igual de quienes en 1961 formamos una virtual ruptura de relaciones, miles de mexicanos en menos de 24 horas salimos a la calle para hacer patente el cariño y la solidaridad hacia

un capitalismo que ha sumido al mundo en una profunda crisis económica, social, política, ecológica y civilizatoria. Por ello, seguiremos en ese rumbo terco e indeclinable en la defensa de la Cuba revolucionaria.



ARTE PLUMARIA de Aurelio Franco Obregón

MUSEO EXCONVENTO DE TEPOZTLÁN

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Sábado 7 de noviembre 2009, 12 hrs.

Permanece hasta el 7 de Diciembre



Del Tlalocan: uno de los reinos de los muertos

ISABEL GARZA GÓMEZ

La concepción mítica-religiosa de los antiguos mexicanos consideraba la existencia de varios reinos de los muertos. Cada uno de ellos poblado por diferentes deidades a las que se les confería el poder de elegir a su séquito entre los mortales. Desde su ámbito de poder, los dioses determinaban las circunstancias en que acontecía el deceso, ya que de éstas dependía el tránsito de las ánimas hacia alguno de dichos reinos. El Tlalocan, reino de Tláloc, dios del agua y de la tierra, era la morada final para los que morían ahogados, fulminados por un rayo, por enfermedades como la lepra, las bubas, la sarna, la gota, la hidropesía y para las víctimas del sacrificio humano ofrecidas a este dios.

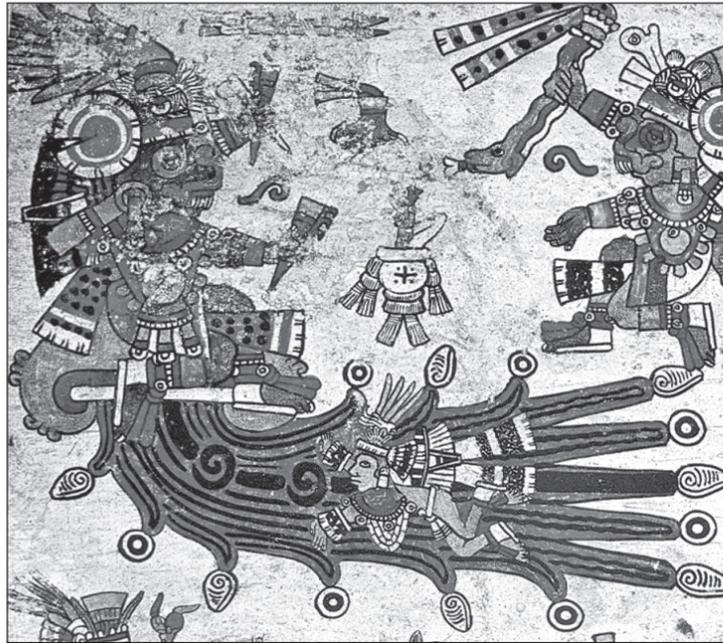
El Tlalocan es descrito por Fray Bernardino de Sahagún como un paraíso donde había regocijo y refrigerios en abundancia, mazorcas de maíz verdes, calabazas y ramitas de bledos; éstas últimas plantas con tallos estriados, hojas ovales y flores dispuestas en espigas. En este sitio, las ánimas transformadas en pequeñas divinidades pluviales llamadas tloques, auxiliaban a Tláloc en sus funciones. Por mandato divino, sus ayudantes ubicados en los cuatro puntos cardinales, vertían las lluvias benéficas que propiciaban buenas cosechas o las lluvias dañinas que las perjudicaban. Las lluvias se encontraban almacenadas en el interior de grandes vasijas que al golpearlas, originaban los truenos y al romperlas, los rayos y la caída del agua.

Además del poder de enviar las lluvias y, en algunos casos, de no hacerlo, a los tloques se les atribuía la capacidad de provocar o de curar padecimientos que lesionaban la piel y los huesos. Entre este tipo de enfermedades que correspondían a la categoría de naturaleza fría, ámbito presidido por diosas terrestres, lunares y Tláloc, se encontraba el de las bubas, patología común que se manifestaba en úlceras y que en fases tardías afectaba los huesos, provocando fuertes dolores e impidiendo de manera parcial o total la movilidad del cuerpo. La enfermedad era entendida como el desequilibrio del organismo originado por fuerzas divinas en la que tullidos, contrahechos y bubosos tenían una participación relevante en las festividades dedicadas a dichas deidades.

Otra forma de elección de Tláloc era a través del sacrificio humano, práctica religiosa que constituía un mecanismo para congraciarse con las deidades y en la que la víctima recibía la energía divina y, así poseída, moría. Los sacrificios coincidían con los ciclos de la Naturaleza y con situaciones de cambio o de conflictos de la sociedad. Por ello, de acuerdo a la deidad a la que se le ofrecía el ritual, la víctima debía reunir requisitos de edad, sexo, apariencia física y extracción social. En los sacrificios para Tláloc, íntimamente relacionados con el ciclo agrícola, las mujeres representaban la fertilidad, y los niños, de acuerdo a su edad, el crecimiento de los sembradíos. Existían diferentes tipos de sacrificio para honrar a las deidades del agua, pero los



Tloques, auxiliares de Tláloc. Primeros Memoriales



Tláloc y Tloques. Códice Borbónico

más comunes consistían en ahogar o degollar a las víctimas.

Se creía que distintos caminos conducían a cada uno de los reinos de los muertos y que su recorrido tenía diferentes tiempos de duración. Por ello y para favorecer el tránsito de las ánimas a la vida ultraterrena, se desarrollaron diversos ritos funerarios. Sin embargo, en todas las exequias se amortajaba el cuerpo y había cantos, música, flores, inciensos, emotivos discursos de despedida y ofrendas constituidas, entre otros elementos, por objetos personales del difunto, alimentos y bebidas. La característica distintiva del funeral de los elegidos de Tláloc, era el tratamiento post-mortem que recibía el cadáver ya que en este caso no se exponía al fuego, sino que se enterraba de manera directa bajo la tierra junto con pequeños ramos de bledos. A quienes fallecían ahogados y sus cuerpos no se recuperaban, se les representaba por bultos mortuorios y con ellos se llevaba a cabo el mismo tipo de sepelio.

Además de los ritos funerarios, durante el décimo tercer mes del calendario mexica, se celebraba la festividad llamada Tepeilhuitl. En ella se rendía culto a los cerros, sitios en los que moraban los tloques y en cuyas cimas se formaban las nubes, y se honraba también a

quienes habían muerto ahogados, fulminados por rayo o que habían fallecido por causas atribuibles a Tláloc. Antes de salir el Sol, elaboraban con una masa hecha con bledos, maíz y miel, imágenes de montes y de huesos. Las representaciones de los montes tenían dos caras, una de ellas humana y la otra de culebra, símbolo de fertilidad de la tierra. En la primera cara colocaban sobre la cabeza un penacho con plumas y en la boca pequeñas tortitas de bledos. Después, las cubrían con papeles y junto con las imágenes de los huesos las depositaban sobre roscas elaboradas con heno y atadas con sogas de zacate que previamente habían sido lavadas en los ríos. Al amanecer, colocaban dichas imágenes sobre altares, se quemaba incienso y como ofrenda se les depositaba comida y bebidas.

Durante el ritual, llevaban al templo a un hombre y a cuatro mujeres en procesión. Al llegar, los conducían en literas hacia la parte superior, lugar en el que morían víctimas del sacrificio. Posteriormente sus cuerpos eran descendidos por las gradas del templo para decapitarlos. Las cabezas eran exhibidas en el tzompantli, término que significa muro de cráneos, y los cadáveres eran desmembrados como preludio a la antropofagia

ritual, práctica que simbolizaba la unión entre dioses y hombres. De manera simultánea, los sacerdotes despedazaban las imágenes de los montes y de los huesos para ingerirlas poco a poco. En opinión de Durán, la ingesta simbólica de los montes por cojos, mancos, contrahechos, tullidos, los que padecían enfermedades infecto-contagiosas y por quienes habían estado en peligro de ahogarse o de morir fulminados por un rayo, implicaba la obligación de dar la masa de bledos para la festividad del año siguiente. Los elegidos de Tláloc quedaban comprometidos, al igual que el dios, a proveer los mantenimientos para dicha celebración.

Los antiguos mexicanos concebían a Tláloc como dios de la lluvia, del agua, los truenos, los relámpagos, las tempestades, las granizadas, del agua subterránea, las lagunas, los ríos, los mares y de todo género de agua. Tomando en consideración que una actividad básica de su economía era la agricultura y que ésta dependía de las precipitaciones pluviales que podían beneficiar o dañar los cultivos, se desarrolló un culto a Tláloc que se llevaba a cabo a través de elaborados y complejos ritos en templos y en otros sitios sagrados como las cumbres de los montes.

El sacrificio humano era una retribución a los dioses, ya que sus mitos de creación describían la manera en que éstos habían muerto para transformarse en los elementos necesarios para la vida del hombre. Así, la muerte no representaba el fin, era una transición hacia una nueva forma de existencia.

Bibliografía

- Alfredo López Austin, **Cuerpo Humano e Ideología**, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- Fray Bernardino de Sahagún, **Historia General de las cosas de Nueva España**, Alianza Editorial Mexicana, México, 1989.
- Fray Diego Durán, **Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme**, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Cien de México, México, 1995.



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos
tlacuache.morelos@gmail.com
www.lajornadamorelos/suplementos/el-tlacuache

Organo de difusión de la comunidad del Centro INAH Morelos

Consejo editorial

EDUARDO CORONA MARTÍNEZ
PAUL HERSCH MARTÍNEZ
GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS
RICARDO MELGAR BAO

LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA
HORTENSIA DE VEGA NOVA
RAFAEL GUTIÉRREZ YÁÑEZ
JESÚS MONJARÁS-RUIZ

Coordinación editorial
de este número:
GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS

Coordinación de producción:
LUIS SÁNCHEZ GARCÍA

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores